

Necesidad de los Seminarios de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X

En vez de observar a nuestro alrededor y asistir impotentes al derrumbe y desorganización de la Iglesia, tenemos la inmensa alegría de ver en torno nuestro a tantos fieles que no se resignan. En general, tenemos la dicha de contar a nuestro alrededor con familias y niños que quieren escuelas y otras obras buenas. Eso nos estimula y nos mueve a seguir adelante. Somos unos privilegiados en la Iglesia. Mientras que los demás, por desgracia, corren a la ruina, nosotros vemos a la Iglesia que se realiza, diría yo, casi a pesar nuestro, y que nos impele a obrar. ¡Es maravilloso!

1º Los frutos de la Tradición y de la Fraternidad sacerdotal San Pío X.

No podemos imaginar las gracias que Dios ha dispensado por la Fraternidad San Pío X desde su fundación. No puedo dejar de pensar en todas las casas que tenemos ahora diseminadas en todo el mundo, donde están nuestros sacerdotes, y en tantos lugares de culto que se han abierto en torno a casas de familia, y de los que cada domingo se ocupan nuestros sacerdotes.

Cuando pienso en todos los moribundos que han recibido a un verdadero sacerdote, que ha ido a ayudarlos a morir bien, a traerles el consuelo del sacramento de la Extremaunción, de la comunión, del viático, me digo a mí mismo que tales almas han sido consoladas y preparadas para recibir la gracia de la perseverancia final.

Pienso también en todos los niños que hay en las escuelas que, por la gracia de Dios, hemos podido abrir y alentar, y que han sido preservados del contagio del mundo y guardan la fe.

Pienso también en todas las familias que se agrupan por millares en torno de las capillas –muchas veces provisionales, como pequeñas capillas de las catacumbas–, pero en las que brilla la lámpara del santuario. Estas pequeñas capillas están siempre en orden, y de este modo se han vuelto dignas de los sagrados misterios que se celebran en ellas. Todo es hermoso en ellas, incluso en su pobreza, por la dedicación que ponen los sacerdotes para mantener fielmente los ritos de la Iglesia. Los sacerdotes procuran que esas capillas sean hermosas para Nuestro Señor Jesucristo, para la Santísima Virgen y para todos los santos que moran en ellas. Al entrar en ellas, los fieles sienten la gracia de Dios y del Espíritu Santo, y al volver a sus casas se sienten

reconfortados y persuadidos de que han recibido la vida de Nuestro Señor Jesucristo mediante la sagrada comunión, la Eucaristía; y, así, la Iglesia prosigue.

Esto es lo que Dios nos ha permitido hacer a través de la Fraternidad sacerdotal San Pío X. Queridos amigos, la Fraternidad es esto: escuelas, prioratos, parroquias en definitiva, y capillas extendidas por todo el mundo.

No estamos solos. En todas partes encontraréis sacerdotes que han reaccionado como nosotros. Pero creo que la Fraternidad es uno de los elementos providenciales que Dios ha suscitado como reacción contra esta demolición de la Iglesia y contra esta destrucción de las instituciones cristianas, y particularmente del sacerdocio.

Quisiera leeros unas palabras que el obispo dirige a los sacerdotes al final de la admonición de la ordenación, y que están tan bien adaptadas, diría yo, al balance de los años que han transcurrido desde el principio de la Fraternidad San Pío X, que pueden servir al mismo tiempo como preparación para los años futuros que Dios se digne otorgarle:

«¡Advertid lo que hacéis, imitad lo que tratáis!, para que, celebrando el misterio de la muerte del Señor, procuréis mortificar vuestros miembros de todo vicio y concupiscencia. Sea vuestra doctrina medicina espiritual para el pueblo de Dios; que el buen olor de vuestra vida haga las delicias de la Iglesia de Cristo, para que con la predicación y el ejemplo edifiquéis la casa, esto es, la familia de Dios, de suerte que ni nosotros, por causa de vuestra promoción, ni vosotros por haber tomado tan elevado oficio, merezcamos ser condenados por el Señor, sino antes bien, ser galardonados por El; lo que El mismo nos conceda por su gracia. Amén».

2º Por el honor de la Iglesia.

Queridos amigos, os pido que salvéis el honor de la Iglesia, el honor de Nuestro Señor Jesucristo y el honor del sacerdocio católico. *Queridos jóvenes, vuestro papel es mostrar que siguen habiendo almas capaces de comprometerse a seguir a Nuestro Señor, a ser buenos y santos sacerdotes, como los desea la Iglesia y nos lo mostró Nuestro Señor Jesucristo.*

Se puede hacer un trabajo maravilloso siguiendo las normas que nos dieron los Apóstoles: «Mantened las tradiciones» (II Tim. 2 14); «permaneced en lo que habéis aprendido» (II Tim. 3 14). El mundo decrépito que está llamado a desaparecer es el mundo del aborto. Las familias fieles a la Tradición al mismo tiempo son familias numerosas. Su misma fe les asegura la posteridad: «Creced y multiplicaos» (Gen. 1 28). Al cumplir con lo que la Iglesia siempre ha enseñado, el hombre asegura su propio futuro.

Llegará sin duda el día en que se volverán a honrar en la Iglesia estos preceptos, y estoy muy persuadido de que las vocaciones de sacerdotes, religiosas y religiosos auténticos y verdaderos, y no aparentes, vendrán precisamente de las familias que hayan permanecido fieles a la Tradición.

Rezad para que se puedan abrir muchos seminarios y se restablezca la senda que la Iglesia ha seguido siempre para formar santos sacerdotes. Creo que, ha-

ciendo esto, estamos realizando el mejor servicio que se le puede prestar a la Iglesia. ¡Ay, si hubiera más sacerdotes, más santos sacerdotes en todo el mundo, el mundo no estaría en el estado en que se encuentra hoy: lleno de odio, de luchas, de guerras, de masacres y de campos de concentración! ¡Qué pena pensar que, después de dos mil años de la venida de Nuestro Señor Jesucristo a este mundo, los hombres aún se dedican a destrozarse entre sí, a odiarse, a dividirse, a matarse unos a otros, y ahora a matar a millones de niños! Harían falta aún más sacerdotes, aún más santos sacerdotes, que enseñen el Decálogo y la caridad de Nuestro Señor.

Queridos hermanos, parecemos débiles, pues, ¿qué podemos ser nosotros cuando pensamos en la humanidad entera que debería adorar a Nuestro Señor Jesucristo, apiñarse en torno de los altares de Nuestro Señor Jesucristo para recibir su preciosísimo Cuerpo, su preciosísima Sangre, su Alma y su Divinidad, y transformarse de este modo en El? ¡Qué dolor pensar que miles de millones de almas están alejadas de Nuestro Señor Jesucristo!

Pero, a pesar de ser débiles y poco numerosos respecto a la misión que Dios nos pide que cumplamos, somos fuertes. Somos fuertes con aquella palabra de Nuestro Señor Jesucristo, que dice: «*Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*» (Mt. 28 20). Somos fuertes, precisamente porque queremos continuar la misión de Nuestro Señor Jesucristo, es decir, la Iglesia. Somos fuertes en razón del vínculo esencial y capital con todo lo que Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó y legó a su Iglesia.

Siendo fuertes por nuestra unión con todos los elegidos del Cielo y con todos los católicos de la tierra que quieren guardar la fe, estamos seguros de la victoria. No intentamos gritar victoria contra todos los que están resentidos con nosotros y nos persiguen, no; sino que hablo de la victoria de Nuestro Señor Jesucristo contra el demonio, victoria que ganó con su Cruz. Estamos persuadidos de que esta victoria se extenderá, y no puede dejar de extenderse, porque la Iglesia tiene que continuar y perseverar.

Por lo tanto, si alguna vez os asaltan los sentimientos de desánimo y os sentís desgarrados interiormente, casi desesperados a la vista de la Iglesia desgarrada, atormentada y golpeada en todas partes, pensad que Nuestro Señor Jesucristo está con vosotros, siempre y cuando vosotros guardéis las palabras que El nos enseñó. Por medio de estos sacrificios, un día el demonio será arrojado de la Iglesia. Cuando ya no se vea socavada por personas que quieren su destrucción, entonces la Iglesia recuperará todo su esplendor.

No tenemos ni que ceder al desánimo ni frenar nuestro combate, para contribuir, en la medida de nuestras posibilidades y de nuestras fuerzas, al restablecimiento del reinado de Nuestro Señor Jesucristo en los corazones, en las almas, en las familias y en las naciones, de modo que así se restaure la civilización cristiana, puesto que El mismo nos lo ha asegurado: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt. 16 18).

Queridos amigos, en cuanto a vosotros que estáis revestidos del sacerdocio, sentid la dicha de vivir en este tiempo. En tiempos en que el mundo era cristiano,

tal vez los sacerdotes no sentían tanto la necesidad de manifestar su sacerdocio, la luz de Nuestro Señor Jesucristo, y de sentirse la sal de la tierra; cuando la vida cristiana existía en todas partes, las iglesias estaban llenas y se señalaba con el dedo a los que no iban a la santa misa; mientras que ahora es lo contrario, se señala con el dedo a los que obedecen a la Ley de Dios. El mundo ha cambiado completamente. Por consiguiente, vuestra presencia como sacerdotes en la sociedad de hoy es más necesaria aún que en otro tiempo. Comprended la utilidad hoy más grande que nunca de este sacerdocio, y sentíos dichosos de afirmarla.

Fundados en la Tradición, y apoyados en dos mil años de fe cristiana, dos mil años de experiencia del sacerdocio orientado al sacrificio de la Misa, que encierra las verdades eternas que no pueden silenciarse, hemos de llegar necesariamente a vencer los errores. Yo puedo morir mañana, pero, si vosotros continuáis la Tradición, venceréis.

Poco a poco, pero de modo seguro, la Iglesia será reconstruida por vuestras manos. Volveréis a poner piedra sobre piedra y restableceréis el hermoso templo de la Iglesia católica, que hoy parece en plena destrucción. Este es vuestro papel.

Conclusión.

Permaneced unidos a Nuestro Señor Jesucristo. Evitad que os devore la actividad, y que esta actividad disminuya en vosotros la presencia de Nuestro Señor. No descuidéis vuestros ejercicios de piedad, y sobre todo vuestra santa Misa y todo lo que pueda ayudaros a hacer realidad durante el día vuestro sacrificio de la Misa.

Dios os bendiga y os guarde, queridos amigos, en estos pensamientos que tenéis hoy, en vuestra fe, en vuestra esperanza, en vuestra caridad y en todas las virtudes que habéis adquirido a lo largo de vuestros años de formación. Dios os guarde en esta fuerza en el combate contra el demonio y contra todos los que quisieran hacer desaparecer a Nuestro Señor de este mundo. Sed servidores de esta cruzada de Nuestro Señor Jesucristo y del reinado de la Santísima Virgen.

Tened sobre todo una gran devoción a la Santísima Virgen. Sed hijos de la Santísima Virgen, Madre del Sacerdote eterno y Madre vuestra. Ella será vuestro consuelo, vuestra ayuda y vuestro auxilio en las dificultades y en las pruebas, y también vuestro gozo y vuestra fuerza.

Que San Pío X venga también en ayuda vuestra, para guardaros siempre en la verdad, para haceros evitar los errores modernos, y para que sigáis siendo verdaderos sacerdotes católicos y luz del mundo.

† MARCEL LEFEBVRE
Arzobispo